

Imagínate

para John Lennon

Las voces de los desaparecidos
Llamándote siempre desde el mar
Las largas caras de seres queridos
Su música lenta a todo dar
Las voces de los desaparecidos
Levantándose de noche a armar
Un puzzle de insomnios aprendidos
Poco a poco y como sin pensar
Las voces que no tienen precio o dueño
Entre las olas del mar y la espuma
Rodando entre las voces como un sueño
Las voces entre la espesa bruma
Una estela larga el justo diseño
De un coro que no resta ni suma

No te enterrarán

para Yoko Ono

Por fea por japonesa por vieja
Por mala sangre por despelotada
Por lesa por mala de la cabeza
Por poco mujer por mucho o nada
Por rara por musa de sobremesa
Por cantante punk por lo desmadrada
Por esposa espesa por posesa
Por andar con la cabeza rapada
Por andar en las nubes o los suelos
Por sacar a luz rápido un hijo
Por no usar trizados espejuelos
Por no perseguir siempre un punto fijo
Por andar de luto por puros celos
Por lo que el precipicio loco dijo

Speedy Gonzalez

Otra vez desapareces de escena
Como estrella fugaz como dardo
Y de tu sombra queda la estela
Sorda de un fulminante petardo
Por el sueño de ese gato en vela
Por la piel que eriza como un cardo
Por esa vida de telenovela
Por esa panza blanca como un fardo
Pasa como un cometa en ruta

A una nube a un planeta de grosellas
Pasa como un bólido sin disputa
Sin dejar ni el recuerdo de una huella
Ni usar un ápice de fuerza bruta
Ni apagarte como una estrella

Óscar Sarmiento

Sueño con árboles (haiku largo)

Ha tenido un sueño
Del que nadie en la casa sabe.
Ha cruzado el río tomándose el vientre,
Ha cruzado la calle, y el pueblo,
Ha remontado la sierra seca con pezuña de animal
Y buscaba un camino verde, una fruta ciega para envenenarse.

Ha encontrado caminos de pendiente,
Prostíbulos de montaña en donde venden sus flácidos cuerpos las
amas,
Ha mirado el valle sentada sobre una piedra ardiente,
Ya sabe que no regresará a casa nunca más.

Comerá de la sacarina enloquecida de los montes,
Estrellará su rabia contra los árboles de puños viejos,
Y cuando la hora de trepidar llegue,
Sacará la sangre de agua que le desborda los dientes,
Y entregará su secreto para siempre,
Entregará su secreto a la noche,
Y la olvidaremos.

“Tres años”

“Y me fui una noche de Los Jaquimeyes”

Teodosio Germosén

Trojes abandonadas edredones sordos,
Murmullo de niñas de mar gobernalle en sombras,
Elefantes mudos frente a un precipicio de mallas blancas,

Aroma de mujer perdido en el secreto cerrado del hospicio,
puertas entornadas,
visillos descuidados dejándola entrar como un halo templado de nervios
que me va contando de males,
de tu sabia de lavazas invadiendo por las grietas,
de los caballos de tu aroma viejo asentándose,
tirando de las marionetas de mis cabellos, llamándome...

Yo solo soy esta presencia de niño.
¿Tendré un cuerpo sano
por debajo de este cuerpo de ortigas tiernas que despierto?
¿Unos ojos reales, unas manos adoradoras de males,
unas ingles calientes?

Suero de almizcle milenario bajándome hasta los labios,
haciéndome apretar los edredones,
rosándose las tráqueas contra las corambres del aire,
Cayendo en la vigilia, como cae el muerto al fondo del establo
desde el cese furtivo de una ajada cuerda,
Medio cuerpo huyendo como ladrones por los aposentos,
Medio cuerpo de murmullos de loba
llamándome con sus aromas calientes
Con sus metales en ascuas
Con su presencia de hierbas - presencia de 20 males -
Presencia de flores siniestras,

¿Dime, cómo te has deslizado hasta mi cuerpo?

Por las grietas, por los socavones de tierra, por los pasojos de aire,
Por la cisura de mis ingles humedecidas,
Por las tinieblas huidizas que se acurrucan como niños
entre los edredones de vellón,
Por entre las rendijas, por entre los garitos dormidos del centinela
que abruma la noche con su camafeo,

*En el cuerpo arqueado que se desturrona,
En las palmas inertes que ya rosan a los suelos imantados,
Si me quieres todavía ven a buscarme.*

Ya me habita tu olor temblando
Sacudiendo sus colibríes contra mi esqueleto
Y me va tragando, verso a verso,
Va tomando todo, va guardándolo todo,
y se va de a poco abandonando, reculando, retrocediendo,
fundiendo en blanco...

Jabri Dionisio

Pienso en qué sería lo particular o decisivo de lo que llamas una chica hermosa. Todo un mito en tu vida. Viste una, que era, sí, hermosa, no tenías que pararte a pensarlo, no había ninguna duda, lo reconociste, bastaba mirarla, lo raro fue que a diferencia de algunas otras veces (en un territorio que parecía pertenecer ya al pasado) no te perturbó ni excitó ni te sacó de la tranquila cadencia que animaba tus pensamientos. No afectó tu aspecto exterior ni nada en tu expresión. Quedaste orgulloso de ti mismo. Ella dijo, como si fuera una expresión más importante de lo que era, una expresión que todos los presentes deberíamos seriamente tomar en cuenta, como si fuese una declaración que iba a cambiar algo dentro de nosotros mismos a partir de ahora y para siempre, tengo calor. Estaba cómoda e incómoda a la vez. Pero parecía lo suficientemente entrenada como para guardar muy bien una digna compostura. Y como para no poder dejar de notar que las palabras se correspondían con los hechos, estaba con las piernas abiertas, con una pierna cruzada sobre la otra que estaba estirada. El panorama de su carne, fresca y firme, sin llegar a ser musculosa, ameritaba más bien la presencia de un escultor que de un pintor o un fotógrafo. La falda no era exactamente pequeña y las piernas tampoco. No sé qué estaría pensando, admitiendo que estuviera pensando, ya que parecía hacerlo. El simple sillón, eso sí, ocupado por ella, semejava un improvisado trono. Sin llegar a petulante parecía en cierta forma la dueña indudable del pequeño estudio fotográfico. Ocupaba el lugar central de la pequeña escena. Como si no hubiera duda de que ella y solo ella y nadie más en ningún caso debía ocuparlo. Pero era una dueña a la que habían abandonado y a la que no le hacían mucho caso. Una dueña que se resistía a la sustancia espesa del aburrimiento. La escena era cotidiana, y a la vez, un poco rara. Una anciana encajada en una silla de ruedas de espaldas a ella y también a mí y a los demás parloteaba sola sin parar como si estuviera más acompañada que todos juntos, martilleando sus palabras insulsas a grandes voces como aves revoloteando sin cesar. No portaba celular y una mosca coronaba su sombrero de paja hundido con primor en su cabeza. Me abrí paso entre los dos chicos que estaban a la entrada, compañeros amables y humildes de la bella colegiala sentada que tenía una cara despierta y que consciente de sí misma (consiguiendo el milagro de no lucir a la vez antipática) mantenía un porte de reina esperando la guillotina... o la fotografía que se demoraban en tomarle sin tener para nada en cuenta su calor. Yo quería preguntar por el precio del servicio así que rompí la escena congelada en el sopor. Ella, pensando tal vez que quería saltarme la 'cola' atomizada, dijo a su vez que quería tomarse una foto con un tono educado pero firme (que podía significar, naturalmente, yo llegué primero) y el señor fotógrafo interrumpió en seco y algo precipitadamente su maquinal abstracción frente a la pantalla de la computadora donde embellecía alguna cara fotografiada, y como despertando, y abriendo los ojos (sus ojos adquirieron luz y color) a la beldad ignorada tal vez incluso más que al pedido hasta ahora ignorado, así que procedió obediente y con espíritu funcional a cumplir con la orden envuelta en un pedido. Con sorprendente rapidez, que no vi en una distracción casi del tamaño de un pestañeo, ella estaba sentada contra la pared del pequeño cuarto del fondo donde le iban a tomar por fin la gloriosa foto que la coronaría como la joven reina y que duraría más que todos nosotros en la memoria de los hombres. Quedaría fijado así uno de los momentos cumbre de su perfección irrefutable que despreciaba en su rotunda juventud cualquier ornamento que no fuera ella misma. Tenía una sonrisa invencible, de panel publicitario, irradiando su vibración, potencialmente arrasadora, atemperada o intensificada por una dulzura de niña desde el fondo del pequeño local. Me pregunté por la multitud de los significados posibles de una sonrisa así, tratando de descubrir lo oculto en matices casi imperceptibles más allá del probable goce que ella sentía por su propia perfección. No era una sonrisa vanidosa o idiota aunque sí era una sonrisa triunfal. O

estaba simplemente contenta de estar viva, me dije, pero claro que se sentía que había más. Hubiera querido determinar con mayor precisión algún rasgo deliciosamente revelador de su carácter, alguna clave de su historia y personalidad. Al voltear para irme, luego de averiguar el precio y pactar mi vuelta más tarde, la compañera de la por fin a punto de ser fotografiada dejó caer a mi paso una serie de papeles que se movieron hacia el suelo en cascada. Un señor junto a ella, sin decir palabra, o en lugar de decir palabra alguna, recogió diligente los papeles inútiles (propaganda comercial) amablemente. Discreto y caballeresco y secretamente satisfecho de aprovechar la oportunidad. Hoy no podía ni preguntar por el precio de una foto a metros de mi casa sin sentir que el mundo era cómicamente extraño. Opté por tomarlo del lado divertido y salí liberado pensando en que la belleza de las mujeres me estaba afectando menos que en el pasado. Lo cual constituía un triunfo moral o un signo de llegada, por fin, a la madurez o tal vez un simple embotamiento de mi sensibilidad.

Mario Castro Cobos

la morera

pareciera que nada la sorprende, que siempre está en control, pero esconde un secreto. anhela por sobre todas las cosas la invasión de los gusanos de seda. ellos son heraldos irrefutables de su destino. mientras estos van masticando lentamente cada lóbulo verde encontrado a su paso, la morera tiñe de obsidiana sus abundantes frutos. *este compensarse oscuro de la naturaleza la conmueve*. después de unas horas, su imponente verdor queda saqueado y todo es un despliegue ebrio de blancas y menudas criaturas regocijándose entre sus ramas. la morera apenas puede conciliar el sueño. quisiera quedarse despierta la noche entera. testigo único del ritual por venir, agita las pocas hojas de las que aún es dueña con impaciencia.

segundos antes del alba, ella despierta y se siente plena: a sus pies, el púrpura nigérrimo de sus frutos la circunda, y a lo largo y ancho de sus ramas, cientos de bombillas de hilo encendidas la bañan de una majestuosidad que ansió para sí desde tiempos ancestrales.

valió la urgencia de la espera. había algo en el color ámbar de esas madejas diminutas y expectantes: como si el sol se hubiera convertido en partícula mínima solo para visitarla; como si Faetón, moribundo y en llamas, llorara al despertar de su desgracia.

Lena Retamoso Urbano